

directores y periodistas, editores y propietarios de periódicos, predicadores y toda suerte de propagandistas y toda clase de personas desinteresadas que pueden consagrar tiempo y energía a la reconstrucción de la idea social. La vida humana continuará siendo cada vez más peligrosamente caótica hasta que una idea social y mundial cristalice. Este—y no ninguna intuición existente—es el fin primordial de estos tiempos.

Necesitamos, pues, con prioridad a todas las demás organizaciones, una organización docente. Necesitamos, antes que toda otra obra, una obra de educación y de esclarecimiento. Necesitamos en todas partes entidades que apremien por un régimen de escuelas públicas mejor y más eficiente, por cursos más vastos y más racionales, por una relación mundial de sistemas pedagógicos, por una implacable subordinación de los gastos navales y militares a las necesidades docentes y por una oposición sistemática a los conflictos y enredos entre nación y nación, raza y raza, clase y clase. Me gustaría ver sociedades pedagógicas, organizadas como tales, surgiendo en todas partes, vigilando los cuerpos locales a fin de distraer las economías de la indigencia pedagógica de un distrito a otro de ahorro menos nocivo; vigilando el oscurantismo y la reacción y las perversas doctrinas nacionalistas en las escuelas y colegios y publicaciones locales, observando las demostraciones de buena voluntad o malignidad pedagógica en los miembros de parlamento y diputados; inspeccionando y dirigiendo la administración de las bibliotecas públicas; ayudando, cuando sea necesario, al abastecimiento de buena literatura en sus distritos; reuniendo fondos para una intensa propaganda pedagógica en los países pobres, como China, y en los atrozmente educados, como Irlanda; y en relación con las demás sociedades análogas de todo el mundo. Creo que tales sociedades no tardarían en hacerse mucho más influyentes que los partidos, asociaciones y clubs políticos que tanta energía humana consumen hoy en las comunidades más pequeñas, podrían ejercer un sufragio poderoso y decisivo en gran número de contiendas políticas. Y un movimiento educacional es más tenaz que cualquiera otro movimiento social y político. Va educando a sus adictos. Lo que gana, lo conserva.

Ya sé que al poner así toda la importancia de los tiempos que corren en las necesidades docentes, pareceré a muchos lectores ignorar con exceso los profundos conflictos étnicos, sociales y económicos que se nos vienen encima. Los ignoro, en efecto. Creo que nunca resolveremos las cosas hu-

manas hasta que las ignoremos. Yo no ofrezco la menor insinuación respecto al partido que debe tomarse en cuestión como la de Francia y de Alemania, o la de los *sinn-fein* y el gobierno inglés, o la lucha de clases. Y no ofrezco tal insinuación, porque creo que todos esos conflictos, y otros muchos actuales, son tan irracionales y destructores que es imposible para un hombre sano que desea servir al mundo identificarse con ninguno de los partidos beligerantes. Estos conflictos son simples aspectos de la grosera y apasionada estupidez e ignorancia y regionalismo de nuestro mundo presente. La guerra de clases, la arremetida y la resistencia para cierta vaga reorganización llamada Revolución Social, todo eso no es más que el resultado natural e inevitable de la sórdida confusión moral e intelectual de nuestras ideas sobre la propiedad. El capitalista, el patrono; la clase proletaria, como clase, no tienen ni la inteligencia ni la conciencia de concebir limitación moral ninguna fuera del brazo vigoroso de la ley, sobre el uso de su propiedad. Su negra y obstinada ignorancia, la torpe osadía que llaman empresas privadas, su inconsciente insolencia con el pobre, su necia y evidente indulgencia consigo mismo, van produciendo como resultado fatal el rencor feroz del obrero y del estropeado. De un lado tenemos codicia, insensibilidad e incapacidad. Del otro, envidia y sufrimiento aguijoneado a la rebelión vindicadora. En ninguno de los dos vemos luz, ni generosidad, ni voluntad creadora. Ni ninguno de los dos puede darnos la realidad que necesitamos. Ninguno de los dos es otra cosa que odio y agresión. ¿Cómo podría uno tomar parte por ellos?

El actual sistema, a menos que pue-

da desenvolver una inteligencia mejor y un corazón mejor, está evidentemente destinado a provocar nuevas guerras y a continuar disparando la sustancia que queda en la Humanidad hasta que el desastre social nos envuelva a todos. Y, evidentemente, el comunista revolucionario, en su actual nivel de educación, no tiene el proyecto ni la capacidad de sustituir por un sistema más eficaz este ruinoso edificio de empresas privadas mal organizadas, que amenazan hundirse de un momento a otro. Pero en un nivel superior de inteligencia, en un nivel desde el cual es posible definir claramente las limitaciones de la propiedad privada y asegurar una cooperación verdaderamente leal y efectiva entre el individuo y el Estado, esta conclusión—es decir, el conflicto desesperado entre el manipulador de la propiedad y el fanático comunista, que está destruyendo rápidamente nuestro mundo—desaparece. Desaparece tan completamente como los motivos de un choque homicida entre dos borrachos desaparecen en cuanto se los separe y se los ponga bajo un buen chorro de agua fría.

Así, a pesar de su aparente urgencia, pido al lector que se aparte de esos actuales conflictos de política nacional, de partidos políticos y de lucha de clases tan completamente como le sea posible, o, si no puede apartarse por completo, que desempeñe en ellos un papel, indiferente a otra consideración, lo más conducente posible a una educación amplia, elevada, general, sobre la cual podamos basar un nuevo orden social. Un esfuerzo decidido durante un breve período de tiempo, podría ahora reconstruir los cimientos de nuestra vida humana colectiva.

(Envío del señor Ugarte).

Sumarias apuntaciones

para un ensayo sobre la influencia ejercida por los abogados en el progreso general de la humanidad.

POR ENRIQUE MENDEZ CALZADA

... Conclúyese, pues, que la Jurisprudencia y Abogacía, es acrehedora de los elogios, tymbres, y honores que en divinas y humanas letras se la previenen: que sus Profesores (los que lo son verdaderos) tienen para con Dios, y para con las gentes, el más meritorio empleo de la República.—SUÁREZ DE FIGUEROA.

Plaza Universal de todas Ciencias y Artes.—Discurso V, cap. V.—«De los Abogados».

ESTA respetable profesión de la abogacía debe ser reivindicada sin demora. Siempre se ha hablado con un cierto desdén acerca de los abogados, esas personas tan necesarias en la

sociedad. Ya desde la remota Hélade nos viene la expresión de ese menosprecio injustificado. Sócrates Alopeense, encontrándose un día con Euclides, que andaba ocupado en asuntos forenses, le dijo: «¡Oh, Euclides! Podrás muy bien vivir con los sofistas, pero no con los hombres». Platón, en el *Eutidemo*, nos revela que el ilustre cónyuge de Xantipa «tenía por inútil y poco decente ese género de estudio».

Luciano de Samosata, que iba para abogado o cosa que lo equivaliera, suspendió los estudios tan pronto comprendió «las mortificaciones necesariamente anejas a la abogacía; el fraude,